

El problema del dolor/ The Problem of Pain

Christian N. K. Anderson

Note: This sacrament meeting talk was delivered in Linda Vista Third Branch (Spanish-speaking), San Diego Third Stake, on June 15, 2010, where Christian and his wife, Marina Capella, served as Primary teachers. Christian was also the pianist for sacrament meeting, Primary pianist, and the Webelos leader. For citations, see the English translation following.

Buenos días, hermanos y hermanas. Para los que no me conocen, me llamo Cristian Anderson. Nací en el Lago Salado, Utah, y viví allí hasta los 18 años cuando fui a San Francisco para estudiar biología. Después de un año de estudios salí de misión a Houston Sur en el estado de Texas. Al regresar a la universidad conocí a mi esposa, Marina Capella. Ella nació en Los Ángeles y pasó la mayor parte de su vida en un suburbio que se llama Fontana, hasta que salió a estudiar en la misma universidad que yo. Nos conocimos en octubre y nos casamos en septiembre del siguiente año en el Templo de San Diego, hace 7 años. Todavía somos estudiantes, pero en menos de dos meses Marina recibirá su doctorado de médica pediatra y vamos a mudarnos a Boston, al otro lado del país donde ella estudiará medicina en Harvard y yo trabajaré en el Museo de Historia Natural.

Me asignaron hablarles sobre un discurso que Henry B. Eyring dio hace dos conferencias, titulado “La adversidad”. Me siento hipócrita al hablar sobre este tema. Recuerdo hace algunos meses que el Hermano Chávez habló sobre el agradecimiento, y le preguntó a algunos miembros de aquí por cuáles cosas se sentían agradecidos. No recuerdo la lista, pero cada quien mencionó un

problema grave que tenía (el cual era impresionante) y que todavía no se había resuelto (lo cual era aún más impresionante).

Es una cosa si uno está sufriendo y dice, “Gracias, Dios, por enseñarme”. Pero es una cosa distinta si uno ve a otra persona sufrir y dice, “Gracias, Dios por enseñarle a él”. Cuando el Presidente Aguilar me dijo el tema de mi discurso, no pude pensar en nada que me pusiera en el grupo de los que están sufriendo. Mientras que muchos de Uds. están expresando su agradecimiento en medio de sus aflicciones, por lo menos yo siento agradecimiento por lo que aprendí después de la experiencia, pero no siento agradecimiento por la experiencia misma en el momento en que paso por ella; lo que yo siento NO es agradecimiento.

Pero casi la primera cosa que dice el Presidente Eyring es, “Con todas las diferencias que pueda haber entre nosotros, tenemos por lo menos una dificultad en común: todos enfrentamos a la adversidad. Habrá períodos, a veces largos, en que nuestra vida parezca tener muy pocas dificultades; pero, por nuestra condición de seres humanos, es natural que lo agradable dé paso a la aflicción.” Pensar en esto me hizo recordar que las palabras que más me han ayudado en tiempos difíciles fueron escritas por hombres que tenían muy pocos problemas. De hecho, el Presidente Eyring mismo nació en una de las familias más prestigiosas de Utah (es sobrino del Profeta Spencer W. Kimball e hijo de uno de los químicos norteamericanos más importantes de su generación), y logró mucho éxito en su vida personal. Así que aunque a algunos nos toquen tramos lisos y a otros tramos ásperos, estamos todos en el mismo camino, y espero que no piensen que soy cien por ciento hipócrita al compartir algunas palabras con quienes tienen más experiencia que yo sobre cómo enfrentar la adversidad.

Primero, el Presidente Eyring habla sobre el propósito de la adversidad. En filosofía, esto se conoce como “el problema del dolor”: si Dios es completamente bueno, él nos quiere dar felicidad; si Dios es todopoderoso, puede hacerlo. Pero es obvio que no somos siempre felices. Las cosas no siempre salen bien. Sufrimos. Nos pasan cosas malas. Entonces o Dios no es bueno o Dios no es todopoderoso, o ambas cosas. Pero, dice Eyring, “la oportunidad de enfrentar la adversidad y la aflicción es parte de la evidencia de Su amor infinito. [Si queremos llegar a ser Dioses], debemos transformarnos al tomar decisiones justas cuando éstas sean

difíciles de tomar.” Como dice C. S. Lewis, “somos como bloques de mármol del cual El Escultor esculpe las formas de Dioses. Los golpes del cincel que tanto nos duelen son lo que nos perfecciona. El padecimiento en el mundo no es el fracaso del amor de Dios, sino es ese amor en acción.” En otras palabras, Dios tiene que refinarnos. Si no nos amara, no lo haría.

Pues bien, podemos tener fe en que hay un propósito en nuestro dolor. Pero aún así nos duele. El mismo Lewis escribió estas poderosas, pero arrogantes palabras en una época de abundancia. Pocos años después, cuando su esposa murió de cáncer, ni él creyó en su propia filosofía: “Vayan a Dios cuando realmente lo necesitan, ¿y qué encuentran? Una puerta que se cierra de un portazo y, del otro lado, el sonido de la llave cerrándose con dos vueltas. No hay luz en las ventanas. Parece una casa abandonada que quizás jamás fue ocupada.”

Entonces, ¿qué debemos hacer para enfrentar la adversidad? La respuesta del evangelio, como Eyring lo dice, es sorprendente: debemos *aumentarla*. Ya que esto es bastante difícil de entender, él nos da tres ejemplos de adversidad: la pobreza, el aislamiento y la muerte.

1. *Pobreza*: Eyring cuenta la historia de Alma y los Zoramitas pobres. Esta gente era tan pobre que los demás no los dejaban entrar en los templos y adorar a Dios. Alma lo sabía, pero él les dijo (34:28): “si...volvéis la espalda al indigente y al desnudo,...y si no dais de vuestros bienes, si los tenéis, a los necesitados...sois como los hipócritas que niegan la fe.” En el versículo 29 dice, “Por tanto, si no os acordáis de ser caritativos, sois como la escoria que los refinadores desechan (por no tener valor) y es hollada por los hombres.” Si Dios nos da pobreza, es para que aprendamos a compartir lo poco que tenemos. Claro que es mejor aprenderlo sin la aflicción, pero me parece que a Dios el método de aprendizaje le importa menos que el hecho de que aprendamos. Pensémoslo bien: ¿habrá alguna manera de llegar a ser muy rico que sea, en lo moral, completamente admirable? Muchas veces los que tienen mucho dedican la vida a proteger sus riquezas; los que tienen poco lo gastan y se preocupan menos por cómo lo van a recuperar. Muchas veces las cosas que poseemos en realidad nos poseen a nosotros. Lección número uno: si no tenemos mucho, compartamos lo poco que tenemos.

2. *Aislamiento*: De la necesidad de dinero pasamos a la necesidad de amor y atención. Eyring comparte la historia de una viuda anciana que se sintió inspirada a visitar a una viuda joven que había perdido a su esposo recientemente. Las dos se sentían aisladas y habían orado para tener consuelo. Así, Dios contestó dos oraciones a la vez. C.S. Lewis, cuando no podía hallar alivio a su tristeza por el fallecimiento de su esposa ni en sus propios escritos ni en los libros más sabios, lo encontró en una sencilla conversación con su hijastro, el joven huérfano de su esposa. Lección número dos: Si nos sentimos solos y aislados, ¡no somos los únicos! Cuando quienes se sienten aislados se unen, el aislamiento termina.

3. *Enfermedad/Muerte*: Eyring termina su discurso hablando de su ex-obispo, quien también fuera su vecino. Ese hombre murió lentamente: cuando necesitó usar un bastón para caminar, usó la otra mano para ayudar a los vecinos acarreándoles la basura. Cuando no podía salir de la casa y los miembros del sacerdocio venían a darle bendiciones, él siempre oraba pidiendo que ellos también fueran bendecidos. Y cuando el Presidente Eyring le dio una bendición en su último día de vida, él le dijo, “voy a recibir mi galardón”; el mensaje implícito era: Tú también lo recibirás. Lección número tres: cuando no tenemos fuerza, entonces nuestras palabras y acciones tienen un máximo de poder.

¿Pueden ver la pauta? Cuando tenemos una prueba grande, muchas veces una de las mejores maneras de enfrentarla es actuar como si fuera una oportunidad. La clase de adversidad que tenemos nos enseña qué clase de compasión debemos sentir por los demás. ¿Por qué es esto así? Porque eso es lo que Jesús hizo por nosotros. Él no tenía que padecer por sí mismo para saber cómo consolarnos. Pero Él lo hizo para que supiéramos que Él realmente nos comprende cuando sufrimos. Por medio de su gran conocimiento y la revelación, Él podría haber sabido lo que sentimos cuando perdemos algo u oramos por alguien que nos es importante; pero por medio de sus propios padecimientos en la carne, nosotros sabemos que Él está con nosotros y que el dolor tiene un propósito.

Voy a añadir un cuarto ejemplo de mi propia vida. Les dije antes que hice la misión en Houston Sur. Como misionero, siempre

me sentí un fracaso casi completo. Hice todo lo que pude por seguir las reglas, aprender todas las charlas y escrituras, hablar bien el español, leer todos los libros de la iglesia que podía, y abrir el corazón para amar a las personas que encontraba en la calle. Ayuné pidiendo un testimonio firme hasta que bajé 30 libras, y pueden ver que no soy tan grande. A pesar de todos mis esfuerzos, Dios no me usó como instrumento para que ni una sola persona se bautizara. Houston es en un área donde cientos de personas se bautizaban cada mes. Pero tras todo este fracaso, aprendí qué difícil es una misión; aprendí a identificarme con los misioneros que se habían desanimado y tuve experiencias para compartir con ellos. La semana que terminé la misión, otro élder también volvía a su casa. Yo había hablado mucho con él, pero no mucho sobre los problemas misionales. Él era una estrella; por medio de él, más de cien valientes personas se habían unido a la iglesia. Él me llamó una noche algunos días antes de terminar la misión, y me sorprendió por completo cuando me dijo que muchas veces al comienzo de su misión, él estuvo a punto de regresar a su casa, y que fue por causa de mi amistad que se quedaba. Y me dijo, “Mira todo el éxito que logramos juntos.”

Lección número 4: A veces hay que sufrir, llorar con los que lloran y consolar a quienes necesitan de consuelo. A veces el ayudar a otros a que se salven también nos salva a nosotros.

Hermanos y hermanas, espero que recuerden que muchas veces Dios nos quita mucho para que nos enfoquemos en compartir lo poco que nos queda. Para terminar, les dejaré este mensaje: mi testimonio es pequeño y frágil, pero lo comparto esperando que Dios lo pueda usar de maneras que todavía no conozco. Oré, trabajé y ayuné mucho para saber si la iglesia era verdadera o no. Y ahora sí lo sé, por medio del Espíritu Santo, y por medio de mis propios experimentos con las promesas de las escrituras. Sé que Dios vive y que nos ama; sé que José Smith fue un profeta y que las escrituras que él tradujo tratan de cosas reales y constantes; sé que todos tendremos grandes pruebas en la vida, pero éstas no serán eternas. Nosotros sí lo somos. Un día volveremos a vivir. La vida que nos espera dependerá de cómo enfrentamos estas pruebas. Oré, trabajé y ayuné para llegar a saber estas cosas, y se las testifico en el nombre de Jesucristo, Amén.

* * *

Good morning, brothers and sisters. For those who don't know me, I was born in Salt Lake City, Utah, and lived there until I was eighteen when I went to Stanford University to study biology. After one year of study, I left for the Texas Houston South Mission. Returning to school, I met my wife, Marina Capella. She was born in Los Angeles and lived most of her life in a suburb called Fontana until she also became a biology major at Stanford. We met in October, and married in the September of the following year in the San Diego Temple, now seven years ago. We are still students; but in two months Marina will get her M.D. in pediatrics, and we will move to Boston on the other side of the country, where she will begin a program of medical pedagogy at Harvard and I have a post-doctoral appointment at the Museum of Natural History.

I was assigned to speak to you on a talk by Henry B. Eyring, "Adversity," which he gave last year.¹ I feel like a hypocrite talking about this subject. I remember a few months ago when Brother Miguel Chavez, first counselor in the branch presidency, spoke about gratitude. He had asked a few members here what things they felt grateful for. I don't remember the list, but everyone mentioned a serious problem that they had (which was impressive), and that had not yet been resolved (which was even more impressive).

It's one thing if someone who is suffering says, "Thank you, God, for teaching me." But it is a different thing if someone sees another person suffering, and says, "Thank you, God, for teaching *him*." When President Santiago Aguilar told me the topic of my talk, I couldn't think of anything that I could say that wouldn't make me into this second person. While many of you are expressing thankfulness in the midst of affliction, at best I feel grateful for what I learned after the experience is over, but not for the experience itself, and certainly not while it is still going on.

So I wasn't sure what to say. But almost the first thing President Eyring says is, "With all the differences in our lives, we have at least one challenge in common. We all must deal with adversity. There may be periods, sometimes long ones, when our lives seem to flow with little difficulty. But it is in the nature of our being human that comfort gives way to distress, periods of good health

come to an end, and misfortunes arrive.”² And thinking about this, I remembered that the words that had most helped me in difficult times were written by men who had very few problems at the time. In fact, President Eyring himself was born into one of Mormonism’s first families (nephew of Prophet Spencer W. Kimball and son of one of the most famous chemists of his generation), and he achieved a considerable amount of success in his personal life. So, though some of us are in difficult patches and some are in easier, we are all on the same road, and perhaps you will not think I am 100 percent hypocritical in offering advice to those with more experience in confronting adversity.

First, President Eyring speaks about the purpose of adversity. In philosophy, this is known as “the problem of pain,” the classical description of which is: If God is good, He wants to give us happiness. If He is all-powerful, He could do it. But obviously, we aren’t continually happy. Things go wrong. We suffer. Bad things happen to us. Therefore either God is not good or not all-powerful, or both. But President Eyring says, “The opportunity to confront adversity and affliction is part of the evidence for His divine love. [If we want to become Gods], we must transform ourselves by making righteous decisions *when they are difficult to make*.”³ As C. S. Lewis is quoted as saying: “We are like blocks of stone, out of which the sculptor carves the forms of men. The blows of his chisel, which hurt us so much, are what make us perfect. The suffering in this world is not the failure of God’s love for us; it is that love in action.”⁴ In other words, God must refine us. If He didn’t love us, He wouldn’t take the trouble.

Okay, then, we can have faith that there is purpose in our pain. But even so, we still hurt. This same C. S. Lewis wrote similar powerful-but-smug words at a time of abundance in *The Problem of Pain*. Only a few years later, when his wife died of cancer, he didn’t believe his own philosophy: “Go to God when you really need him and what do you find? A door slammed shut and the sound of it being bolted and double-bolted from the other side. There are no lights in the windows. It could be an abandoned house. Was it ever occupied?”⁵

So if philosophers find little comfort in their understanding of pain, what are we to do? The gospel answer, as Eyring explains it, is a surprise: We should *add to it*. This is radical and very diffi-

cult to understand, so he gives three examples of adversity: poverty, isolation, and death.

1. *Poverty*. Eyring recounts the story of Alma and the poor Zoramites. These were people so poor that their countrymen refused to let them into synagogues they had built themselves in which to worship. Alma, knowing this, nevertheless taught them:

If . . . ye turn your back on poor and naked . . . and do not give of your goods, if ye have them, to those that need them . . . ye are as the hypocrites that deny the faith.

Therefore, if ye do not remember to be charitable, ye are like the dross that the refiners throw out, having no worth, and is trampled under the foot of men. (Alma 34:28-29)

If God gives us poverty, it is so we learn to share what we have. Of course, it is better to learn this without the affliction, but it seems that God cares less about pedagogical methods than the learning itself. Think well: Is there any way to become extremely rich that is also totally morally admirable? Many times, those who have much spend their time protecting their wealth; those who have little use it and worry less about how they will get it back. Many times the things we own end up owning us. Lesson #1: If we have little, we should share that little.

2. *Solitude*. Eyring tells the story of an old widow who felt alone. She prayed and felt inspired to visit a young widow who had recently lost her husband. This young woman had also been praying to feel less alone. Thus, God answered two prayers at once. C. S. Lewis, when he could not escape his grief over his wife's death in his own writings, nor in the wise books he studied, found it instead in a simple conversation with his young stepson.⁶ Lesson #2: If we feel alone and isolated, we are not alone! When the lonely join together, loneliness ends.

3. *Sickness and Death*. Eyring ends his talk with the story of his ex-bishop who was also his neighbor. This man died slowly. When he needed a cane to walk, he used his other hand to take the trash cans out to the curb. When he couldn't leave the house and elders came to bless him, he always prayed aloud to bless them as well. When President Eyring gave him a blessing on the last day of his life, the bishop grasped his hand and said firmly, "I'm going to make it," with the implication, "You will, too."⁷ Lesson #3: Our physical weakness gives our words and actions more strength.

Can you see the pattern? When we have a big challenge, often the best thing to do is to treat it as if it were the opposite. The kind of adversity we have shows us the kind of compassion and sympathy we should have for others. Why would this be so? Because it is what Jesus did for us. He did not need to suffer Himself to know how to comfort us; He suffered so that *we* would know He understands our suffering. Through His great knowledge and revelation, He could have learned exactly what we feel when we lose something or someone important to us; but through the suffering of His own flesh, *we* learn that He suffers with us, and that this suffering has purpose.

I'm going to add a fourth example from my own life. Earlier, I mentioned my mission in South Houston. As a missionary, I was more or less a complete failure. I did everything I could to follow the rules, learn all the discussions and scriptures, speak Spanish well, read all the Church books I could, and open my heart to love the people I met on the streets. I fasted for a strong testimony until I lost thirty pounds, and I'm not a big guy. But despite all my efforts, God did not use me as an instrument to baptize even one person until almost the very end of my mission. But through all this failure, I learned how difficult a mission is. I learned to see burn-out and depression in the other missionaries and had experiences I could share with them. The week I went home, another elder had also completed his mission. He was a star: through him more than a hundred strong people had joined the Church. I had talked with him often but usually not about missionary problems. He called me one night a few days before I went home and completely surprised me when he said that, if not for my friendship, he would have left his mission early. And he said, "Look at the success we had together." Lesson #4: Sometimes, it is necessary to suffer—to cry with those who cry, and comfort those who stand in need of comfort. Sometimes, helping them save themselves will save you.

Brothers and sisters, I hope you remember that many times God takes much away from us so that we will focus on sharing the little that remains. I will end by applying this lesson: My testimony is small and weak, but I share it, hoping that God can use it in ways I don't see. I prayed, worked, and fasted to learn the truth of the gospel. And though many questions and frustrations remain, I

know enough, through the Holy Ghost, and through my own experiments upon the word. I know that God is, and that He loves us; I know that the scriptures Joseph Smith translated speak of true and vital things; I know that we will have great trials and suffer death; but they are not eternal. We are. We will live again someday, and the kind of life we will then have depends on how we deal with our problems now. I prayed, worked, and fasted to know these things, and I share them in the name of Jesus Christ, Amen.

Notes

1. Henry B. Eyring, "Adversity," *Ensign*, May 2009, 23.
2. *Ibid.*
3. *Ibid.*, 23–24.
4. Attributed to Lewis in William Nicholson, *Shadowlands: A Drama* (New York: Samuel French, 1989), 9.
5. C. S. Lewis, *A Grief Observed* (New York: Seabury Press, 1961), 9.
6. Attributed to Lewis in Nicholson, *Shadowlands*, 100–101.
7. Eyring, "Adversity," 26.